

ALICE MUNRO. NARRADORA UBICUA, PROPUESTA ABIERTA. FIVE POINTS

«En mi tiempo libre lo que hago es ir paseando por el campo con mi marido, que es geólogo y geógrafo, identificando cosas del paisaje. Esa es una ocupación muy concreta, muy buena para mí, y además mis libros tienen mucho sobre el campo y los paisajes, así que siento esos paseos como parte de una investigación previa a la escritura. Saber que esas excursiones después me van a servir para mi literatura hace que me relaje y las disfrute como algo que cuenta como trabajo, con lo cual vuelvo a esta marca que me dejó el presbiterianismo, supongo».

La premio Nobel de literatura en 2013, Alice Munro, es considerada la Chéjov de Canadá, como de Grace Paley se suele decir que es la Chéjov del Bronx. La maestría que ambas autoras han alcanzado en el momento de seleccionar lectores, omitir información, describir a sus personajes sin dejar de narrar, tiene ecos chejovianos (y qué escritor de narrativa corta que se precie no tiene esas resonancias), pero las voces narrativas inimitables de ambas cantan con puntas de suma luz que hienden la realidad y sus negruras integrando una sinfonía que delata un talento contenido (y explotado en el momento preciso) solo por años y años de trabajo.

Hoy reseñamos el relato *Five points*, segundo del libro *Amistad de juventud*, en el que Munro deja unas palabras como estas que, veremos en el primer relato del que el libro toma su nombre, rigen en parte su argumentario.

«Los malvados medran. Pero está bien. Está bien, los elegidos están ocultos bajo la paciencia y la humildad e iluminados por una certeza que los acontecimientos no pueden perturbar».

La acción comienza en los acantilados del Lago Hurón, entre el estado de Michigan y la ciudad de Ontario. Brenda y su amante Neil están hablando de Five Points, una pequeña parte comercial de la ciudad en la que había una tienda de caramelos en su adolescencia. La regentaba una anciana que al morir dejó paso a una familia croata que convirtió la tienda en una cafetería. La historia de Neil nos introduce en la intrahistoria de esta familia croata con dos hijas: una de ellas, Lisa, agraciada y esbelta; María, la mayor, descrita con una crueldad «objetiva» por Neil, que la recuerda muy bien, parecía tener cincuenta años. María era hacendosa, entendía el inglés y manejaba el dinero, así que los padres delegaron en ella toda la responsabilidad del negocio.

El primer corte en esa secuencia narrativa que introduce Munro ya nos anuncia cuál es el tipo de narrador que va a utilizar: un narrador omnisciente en el tiempo y el espacio, que no va a respetar la linealidad temporal, así como tampoco respetará el interior de sus personajes. E irá más allá, la narración se apoyará numerosas veces en el punto de vista de Brenda, pero en varias ocasiones la narradora desmentirá los sucesivos autoengaños de la protagonista con comentarios mordaces. Por eso titulé la reseña «...narradora ubicua, propuesta abierta»; la narradora sabe estar en todas partes sugiriendo, contando y machacando al personaje si cree que hace falta, pero en todo momento la propuesta narrativa confunde y alienta al lector a



seguir leyendo. Este corte nos cuenta que Brenda y su marido Cornelius también montaron un negocio. Nos enteramos de que Cornelius es doce años mayor que Brenda y ella tuvo que dejar su trabajo en el jardín de infancia para ayudarlo, porque Cornelius tuvo un accidente. De momento no sabemos qué accidente ni cómo lo tuvo. Tienen dos hijos, Lorna y Mark, en plena adolescencia. De las actividades de Cornelius (mirar embobado las máquinas excavadoras, a los obreros transportar piedras, a los marineros cargando las barcas) deducimos que el aburrimiento ha hecho presa de Brenda, y ella piensa en Neil cuando Cornelius le cuenta todo lo que ha visto. Pero vemos que Brenda piensa en el ruido y la fuerza de esas máquinas, la seguridad que ofrecen los brazos musculosos de los trabajadores, le encanta «conseguir a un hombre recién salido de todo eso».

Hasta el momento, y hasta el final del relato, la narradora juzgará cualquier acción de los hombres apoyada en su criatura Brenda desde un cierto distanciamiento que implica superioridad, salvo en aquellos casos que comenté, en los que la narradora «para los pies» a Brenda. De momento lo que sabemos incita a pensar que Brenda tiene una relación de dependencia con el sexo opuesto, hasta tal punto que deja su trabajo y se casa con un hombre doce años mayor; quizá solo porque trabaja en una mina.

Brenda se siente intranquila y abandonada si pasa varios días sin ver a Neil. En un párrafo de una factura bellísima se nos describe la emoción paulatinamente contenida por Brenda y se anuncian sus miedos. La narradora vuelve a cortar la secuencia espacio-tiempo. Nos vamos otra vez a Five Points. Neil está contando a Brenda su adolescencia. Neil se burla de los *hippies*, que parecen desmitificar el mundo de las drogas, el sexo y la música: ellos sí se lo tomaban en serio.

Alice Munro nos está trazando la geografía interna de cada personaje en estas apariciones relámpago de menos de una página. Neil, a sus treinta y tantos, es aún un adolescente cuyo ego está por encima de su realidad. Ese «si lo hago yo es genial, si lo hacen otros es patético» es muy propio de la mentalidad adolescente (que sigue presente en tantos adultos después y hasta la muerte). Brenda ha elegido a un compañero de cama más joven, inmaduro y egótico que ella. ¿Por qué? Cuando Brenda recuerda cómo fue su adolescencia, admite que lo máximo que llegó a hacer fue fumarse un tercio de cigarrillo de marihuana. Miente diciendo que su padre, además, la abofeteó: porque fue su marido Cornelius quien la abofeteó por fumar un cigarrillo veinte años atrás, cuando ya se habían prometido.

La historia de Five Points continúa. Y nos enteramos de que María, la chica poco agraciada, regenta el negocio familiar como si solo existiera ella en la familia. Incluso por la noche cierra ella la cafetería después de que los gamberros más adultos del pueblo lo llenen todo de ketchup. Neil se suelta un poco más, da la impresión de que lo hace porque no quiere quedarse muy atrás en esto de hacer el gamberro. Los jóvenes también consumían drogas y no se sabía de dónde salía el dinero. Pero Neil sí lo sabía. Lo conseguían de María. María les pagaba para que tuvieran relaciones sexuales con ella.

«Qué regalo del cielo les debió parecer María; formal e inteligente. María, un pilar».

Volvemos a Brenda y Neil. Vemos todos los malabarismos que tiene que hacer Brenda para ver a Neil sin que la descubran y cómo dramatiza ella esto. «Si la ven, está acabada». La descripción del maizal donde van a reunirse es producto seguramente, según cuenta la gran Alice Munro, de sus observadores paseos por el campo. Pero la contradicción aplastante entre el cuidado que se toma rodeando los maizales Brenda y el atuendo que pide a gritos que la descubran (tacones elevados, pantalón blanco ajustado, camiseta corta color turquesa, cinturón blanco caído, etc. ¡Todo esto para echar un polvo en un maizal!) es un alarde de técnica narrativa y debe ponernos en guardia otra vez acerca de sus miedos. Munro lo aclara:

Siente temor de lo que no esté allí, no de lo que haya. De la ausencia de Neil, de la posibilidad de su desertión, de que la rechace repentinamente.

Y fijémonos en esta asombrosa descripción que imbrica como si fuera fácil la imaginaria táctil y visual:

Él está allí, ha llegado primero; puede ver un faro del Mercury en la oscura sombra del cedro. Es como dar con agua cuando una está muerta de calor y llena de arañazos y picaduras por todas partes tras coger bayas en los matorrales veraniegos.

La sensación de oasis salvador tan bien escrita no implica que pasemos por alto la advertencia que entraña el brillo de un solo faro. Al final veremos que el brillo del ser humano puede verse de formas muy distintas dependiendo de la cercanía, lejanía o autoengaño del que lo mira. El sarcasmo desbordante de la narradora sobre la forma en que practican el coito y los nombres que ponen a los lugares donde esto ha sucedido provoca la carcajada. «Tienen una historia de pasión», dice Munro. O lo piensa Brenda. Otro día en la carretera, Brenda se esfuma del capó del coche (podemos imaginarnos en qué condiciones) al ver un descapotable blanco en la lejanía. Pide a Neil que vigile y explique la fisonomía de los ocupantes. Brenda reconoce que es su hija la que va montada en él. Su hija de dieciséis años que conduce el coche de su amiga. Brenda se siente incómoda, espera que Neil diga algo de las jóvenes buscando chicos en descapotable que Neil no dice. Pero se justifica igualmente:

—Tú también podrías tener una de esa edad. Quizá la tienes y no lo sabes. Ella también me ha mentado. Me dijo que se iba a jugar a tenis.

Brenda deja caer que sabe que Neil también la engaña con la historia de Five Points. Pero Neil no entra al trapo. ¿Por qué? ¿Porque es sabio? No, porque no le importa lo más mínimo, aunque Brenda necesita que le importe, como vamos a ver más adelante.

La narradora nos lleva de nuevo a la historia de la joven croata y la cafetería de Five Points. Neil cuenta a Brenda cómo María pasa de pagar un dólar a pagar dos; después cinco, luego diez y veinte dólares. Afirman no haber recibido el dinero y lo piden otra vez; cuando se niega, le hacen chantaje amenazando difundir la noticia.



La noticia se difunde de todas formas. María se vuelve violenta, malhumorada y miserable, nos cuenta Neil, y admite que él y sus amigos estaban todo el tiempo drogados. Lo admite, pero sigue narrando como si no hubiera dicho nada. Cuando los padres de María encuentran una factura impagada, la caja de los truenos se abre: no pueden pagar el alquiler, el negocio cierra. Y es la propia madre de María quien la denuncia a las autoridades, con lo que acaba en un correccional de menores. Un último comentario de Neil para la hermana de María, Lisa:

«Era muy atractiva y altiva entonces».

De nuevo volvemos a Brenda y Neil en el hogar de Neil. Su hogar es una caravana que comparte, además, con un tal Gary: «A Brenda le gusta la caravana, la manera en que en ella nada se ha hecho para que parezca equilibrado o permanente». Se diría que para Brenda la suciedad, el mal olor, la falta de orden y de espacio, ¿es un acicate más? Neil habla de marcharse a trabajar al Perú, y Brenda corta la conversación inteligentemente, volviendo a la historia de Five Points. Pero justo antes Munro nos deleita con otra imagen de un poder abrumador:

Ahora siente un dolor entre las piernas. No es inusual después de una de aquellas sesiones. Si tuviera que ponerse en pie en aquel momento, sentiría una palpitación allí, sentiría la sangre volver a correr bajando por todas las venitas y arterias estrujadas y magulladas, se sentiría palpar toda ella como una gran amapola hinchada.

—¿Cuánto dinero le sacaste?

Las dos corrientes espacio-temporales son igual de atractivas, igual de interesantes para el lector. Munro juega con la ventaja de su inmensa intuición literaria y pasa de una a otra en apenas un salto de carro para, finalmente, hacerlas confluir en el desenlace: Brenda ya no pregunta, acusa a Neil de que la historia que le está contando es en realidad una confesión de su propio crimen. Neil lo niega varias veces, aunque ya se le escapó en un momento de la narración que todos tenían mucho dinero por aquel entonces. Brenda se muestra escéptica. Se avecina una gran riña entre ellos y, curiosamente, Brenda se siente contenta por ello. Intenta herir a Neil comparándolo con su marido. Finalmente Neil reconoce que se lucró de la explotación sexual de aquella María. Neil se burla de ella, imitándola, y Brenda finge un arranque de dignidad saliendo del coche. A una ristra de reproches e insultos velados (que acaban con la acusación de que se pone tacones altos para resaltar su «culo gordo»), Brenda se marcha. Varios camioneros hacen sonar la bocina y le gritan por la ventanilla. Brenda piensa en la primera vez que Neil fue al negocio de Cornelius. Rodeó al perro guardián con un brazo y dijo:

—No es un gran perro guardián.

—Es mejor por la noche.

—Yo también.

Brenda pensó que era descarado, fanfarrón y engreído. Pero Brenda no va tan lejos como el lector, que puede pensar que al aludir a su mejoría sexual como hombre por la noche, también está sugiriendo que ella tiene sexo con el perro con esa frase. Brenda no piensa en esto, sino en la pelea que tuvo con Cornelius. Su marido defendía que las familias con hijos retrasados debían tener el derecho a deshacerse de ellos. Brenda se enfada y piensa que lo dice porque es algo que los hombres tienen que decir, de modo que lo justifica. Pero pelean, y seguramente Brenda recibe un daño físico también.

¿Por qué los hombres se comportan así? Piensa Brenda. ¿Para poder pavonearse con su maldad cruel y fanfarrona frente a la bondad apocada y almibarada de una? Fuera lo que fuese, una se harta de ello.

¿Seguro que se harta una? Finalmente nos enteramos de lo que le sucedió a Cornelius en la mina, aquello que quedó soterrado en las primeras palabras del relato. Estuvo a punto de morir aplastado. Atención a las palabras del paleta Cornelius con quien Brenda decidió compartir su vida:

Es un mundo propio. Cavernas y pilares, kilómetros debajo del lago. Si te metes en un pasadizo donde no hay máquinas que iluminen las paredes grises, ni el aire polvoriento de sal, y apagas la linterna del casco, puedes descubrir cómo es la oscuridad real, la oscuridad que las personas sobre la superficie de la tierra nunca llegan a ver.

Es decir, hay que apagar las luces y la parafernalia cultural para verse por dentro, algo que Cornelius y Brenda no han aprendido a hacer. Aquello que dicta nuestros actos se conforma en oscuridades subconscientes que intentamos comprender rara vez. Brenda mira con distancia y orgullo a los hombres con los que se lía, pero a la vez les permite que la sitúen en un rol determinado y se hace dependiente de ellos, aunque no quiera reconocerlo.

Los últimos compases de esta sinfonía acabada de Munro nos traen la disculpa de Neil por sus pecados en Five Points. Brenda escucha esa voz tan cansada y apagada como la suya. Al ver su aspecto siente una energía, una savia, quizás también una sinergia. Brenda ha seguido esa savia sin saber por qué.

Si Brenda se volviese ahora, lo vería como lo que es: un hombre juvenil que comienza a envejecer. ¿Va a sentir lo mismo por este?

Brenda ni ha bajado del coche, pero él se pone melodramático como si fuera la última ruptura de la historia. Brenda sigue con su pensamiento distanciador, irónico, riéndose de que él no se dé cuenta de que esa pelea no es el final, sino el principio de una nueva etapa.

Ella ha visto que su brillo se ha rebajado, y él ha visto lo mismo en ella. Brenda también siente ese descenso del brillo en sí misma, porque ha tomado la decisión de seguir con él y «no apagar la linterna del casco, puedes descubrir cómo es la oscuridad real, la oscuridad que las personas sobre la superficie de la tierra nunca llegan a ver». Este es un gran relato de autoengaño, autoengaño que practicamos cada vez que queremos disimular nuestras frustraciones y convertirlas en alimento para el ego, dimensiones narrativas tan ocultas como la mina de Cornelius y pericia narrativa utilizada en una trama asombrosa.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ